



AARON KONRAT

Susurros de demencia

Historias de locura y horror

AARON KONRAT

Susurros de demencia

Historias de locura y horror



EL GUARDIÁN LITERARIO

A mis padres, porque siempre le sacan lo difícil a esta vida.

*Y a Natalia Massaferró, por enseñarme siempre
a ponerle color a mis bocetos de letras.*



Agradezco de corazón a todos aquellos amigos que leyeron estas páginas, incluso antes de que naciera la intención publicarlas.

Y también a todos los que me prestaron atención, aun cuando los molestaba a altas horas de la madrugada.



Índice

<i>Mientras no se dé cuenta</i>	13
<i>Palermo a la ryazhenka</i>	40
<i>Tuve un mal sueño</i>	51
<i>101</i>	60
<i>Pelirrojo placer</i>	73
<i>No Grizzly</i>	99
<i>Corazón vacío</i>	113
<i>Susurros de demencia</i>	121
<i>Testigos en 4k</i>	142
<i>La única sombra es la mía</i>	168

Mientras no se dé cuenta

1

Existen entrañables personajes en todas las ciudades del mundo. Los hay borrachines, drogadictos, locos e incluso idiotas. Siempre está ese a quien los ciudadanos pueden señalar y reírse a carcajadas de él sin miedo a una posible respuesta. Esto, siempre y cuando haya infelices y desgraciados que aniden la necesidad de mofarse de alguien para mejorar, quizás mínimamente, su día. O su miserable vida.

Igor era un personaje en cuestión, un idiota. Fue apodado así en su juventud, a algún chistoso le pareció que el grandote —que ya a los doce años medía dos metros— se parecía mucho a un actor ruso. Con su enormidad desmedida y una mezquina inteligencia, el pobre Igor quedó en la calle a los veinte, después de que su madre falleciera en un curioso accidente automovilístico. Desde entonces se pasea por las calles de Zapala, descansando solo cuando se siente obligado y recurriendo a cualquier lugar abandonado que conozca. La gente de Zapala todavía se sorprende con su sutileza al andar, a pesar de su gran tamaño seguía siendo

tan sigiloso como cuando su madre lo mandaba a robar casas. Puede que el silencio haya sido el único profesor que tuvo en su vida, el único profesor incapaz de hacerle fea cara después de verlo.

Y si el silencio era su profesor, la oscuridad era más como su hermano cercano. En algún momento de la noche se paraba frente a las ventanas de alguna casa para espiar las vidas que pudo haber tenido si nacía con otra suerte. Eran al menos las tres de la mañana, pero él espiaba la oscuridad de todos modos. Apoyaba su grasienta nariz contra el frío vidrio y se ayudaba con las manos, intentando ver algo más que la simple mancha negra y ausente. Últimamente, la mayoría de las veces se encontraba con las persianas bajadas, o con unas cortinas. Ser chusma era una de sus actividades favoritas, —aunque no tenía a quien contarle los chusmeros— eso, después de su mórbida y enfermiza actividad predilecta.

Se encontraba a unas pocas cuadras de su barrio favorito, ese en el que las casas eran pagadas por el estado. Casas que podía conseguir hasta él mismo, pero que, por alguna razón, siempre que intentó hacer los trámites necesarios, acababan riéndose en su propia cara. Porque era eso, un mero chiste para la ciudad entera. Fue contando de una en una el número de las casas hasta que encontró la que concordaba con el número que había anotado en la palma de su mano. Debió adivinar al leer esas manchas negras difuminadas por el sudor: «864».

La casa 864 estaba en una esquina, había escuchado que el dueño era un empresario amargado por las deudas,

uno de esos tipos que no llegan a mucho en la vida. «Un maldito diablo» pensó el grandote, tratando de recordar la frase original. Llegó a la tan ansiada esquina, se paró frente a la puertecita de la reja que rodeaba toda la esquina. La casa entera parecía bastante humilde, con ventanas chicas y con unas cuantas manchas de humedad. Alzó una pierna para sobrepasar la rejita que le llegaba a las rodillas, y violar la privacidad del jardín delantero, y se dirigió a la puerta principal. Con miedo a romper el picaporte lo tomó con una de sus enormes manos y lo giró con delicadeza. Confirmado, estaba cerrada. No le dejaba otra opción, debía forzar la entrada.

—Vas a tener que esforzarte esta vez, Igor —dijo para sí mismo, mientras sacaba la ganzúa que parecía un pequeño alfiler entre tan gordos dedos. Había aprendido a usarla el verano pasado practicando con cerraduras rotas que encontraba entre la basura, y desde entonces estaba ansioso por ponerse a prueba. La pericia del grandote con dedos de chorizo era como una curiosa y helada lluvia en el desierto. Escuchó un leve estruendo del otro lado y se congeló. Esperó unos segundos y al seguir en silencio, prosiguió—. Igor tiene suerte hoy.

La cerradura lloró suavemente anunciando que se había abierto y el grandote se adentró en la casa, obligado a agachar la cabeza en todo momento. El hogar violado no tenía comedor; la puerta lo llevó directo a la cocina. No pudo evitar olfatear y sentir ese olor tan familiar que le recordó a su madre: cebollas con papas fritas, empezó a babearse. Cerró la puerta con delicadeza

y al voltear pisó algo diminuto. Era la llave que había escupido la puerta al penetrar la casa con su ganzúa. Sacó su pequeño y confiable Nokia del bolsillo y encendió la linterna. Alcanzó a ver dos platos sobre la mesa, uno se encontraba limpio y el otro tenía esas papas y cebollas que había olfateado. Volvió a relamerse y no pudo resistirlo, con dos simples y eficaces bocados había limpiado el plato. Su madre siempre le decía que comía como un pato. Aun después de haber acabado siguió lamiendo los restos de aceite sobre el plato. Eran muy pocas las veces que irrumpía en la casa de alguien y conseguía ese extra de estómago lleno. Volvió a dejar el plato con cuidado y ahora sí, se preocupó por lo principal.

Esquivó cuanto pudo los muebles y estantes, siendo tan silencioso como el paso de un gato, incluso acariciándolos levemente sin querer. Atravesó el marco de una puerta y llegó al pasillo que unía el resto de habitaciones. Recordaba haber espiado unas noches atrás la ubicación exacta de la habitación de la chica, pero al pobre Igor le era difícil recordar, incluso esos detallitos. Caminó hasta el final del pasillo, descubrió una puerta a medio cerrar, la empujó con el dedo índice y percibió una fuerte fragancia similar a un perfume aromatizante que usaba su madre. Asomó la cabeza y llegó a ver una cama matrimonial, en la que sobresalía un bulto largo por debajo de las sábanas. Se había equivocado, acarició el picaporte y dejó la puerta como estaba.

Todo aparentaba ir bien. No había causado estragos aunque empezaba a cansarse de caminar encorvado.

Volvió a pasar por el marco de la cocina y siguiendo hasta el otro extremo del pasillo llegó a una puerta decorada con pegatinas rosas que resplandecían con el tacto de la luz. Al ver esos vírgenes detallitos su corazón se estremeció, tomó aire y abrió la puerta. Iluminando parte por parte se introdujo en el cuarto de la pequeña, esquivando con cierta dificultad los juguetes esparcidos por todo el piso. Le encantó que todo fuera rosa.

Sobre una cama en la que podían caber tres pequeñas como ella, dormía un angelito de hermosas trenzas color café. La nena dormía abrazando un corderito de peluche, parecía que soñaba con placidez. Igor leyó: «Luz» grabado en la cabecera de la cama. La dejó en paz y siguió con lo suyo, husmeando otro poco el resto de la habitación. Muñecas, libritos y dibujos en los que aparecía ella y papá, todo le parecía demasiado dulce y tierno. Estaba a segundos de encariñarse con ella, al punto tal de imaginar la relación que tienen un amado padre y su niño. Un cariño que nunca podría haber experimentado alguien como él, un rechazado de la sociedad. Cariño que tampoco podría superar ni soportar su horrenda e incansable obsesión. Miró hacia un lado de la cama, donde estaba la cómoda de la pequeña Luz que, como el resto de la habitación, era rosa. Se acercó al mueble y abrió primer cajón, descubriendo abrigos pequeñitos, como para una nena de unos cuatro o cinco años. Lo cerró y chusmeó en el segundo, no había nada interesante, solo Luz guardaría juguetes en una cómoda. El tercero tenía lo suyo, el cajón de las medias y

bombachas, dio un manotazo como si se tratara de una retroexcavadora y sacó una al azar, tenía una carita de conejo delante. Se la llevó a la nariz y aspiró como en aquellos meses en los que se drogaba con pegamento.

—Estas sí son ricas. A Igor le gusta —siseó, baboseándose.

Dio otro manotazo a lo largo del cajón, llevándose cuantas pudo a sus bolsillos. Ya estaba listo para irse. En su triste cabeza ya podía verse afuera, oliendo y volviendo a oler su nueva bolsa de pegamento con forma infantil. Pero antes de siquiera dar el primer paso le llegó otra idea a la cabeza. Hacía bastante tiempo que venía haciendo lo mismo una y otra vez, ¿Por qué mejor no probar algo nuevo? Tenía a Luz servida, dormida como un oso al igual que esas veces en las que las palomas se duermen, descuidadas, al alcance de sus dedos tramposos. Se acercó lentamente a la nena, sintiendo su curiosa fragancia a inocencia e incienso de ángel cada vez más cerca, estaba seguro que podría saborearla, morderla, masticarla y engullirla ahí mismo si se dejaba llevar. Respiraba pesadamente, como si estuviera cogiendo por primera vez en su paradójica vida. Cada pensamiento entrante era como una ramita seca que caía al bestial fuego de sus deseos: Mirala bien, olela, tocala. Su tierna cabecita entraba con facilidad en la palma de su mano, le resultó sumamente frágil, a tal punto de desear cuidarse, le acarició el pelo con un dedo, era tan suave.

—A Igor le gustaría un poco de compañía —susurró, mientras seguía babeándose. Un poco de saliva cayó sobre el pelo de Luz.

Con sumo cuidado, sacó las sábanas hasta descubrirla por completo, le tocó un hombro y la tierna nena ni se inmutó. La alzó y la acomodó sobre su hombro izquierdo con una mano en su cabeza, la sintió fría, demasiado fría. Pero Igor desconocía demasiadas señales de la vida. Se enderezó cuanto pudo y empezó a caminar hasta la salida con ella.

—Luci suena más lindo —se rio solo, entre susurros—, Igor te va a hacer muy feliz.

En su descuidada huida pateó una de las sillas de la cocina, igualmente no se preocupó, a estas alturas la fogata de los deseos se había agrandado tanto que ya consumía toda una ciudad. Estaba a punto de salirse con la suya. Veía la puerta a menos de un metro, y era su único obstáculo. Y cuando estiró el brazo para alcanzarla se detuvo en seco. Alguien había encendido las luces.

—Te dije. Te advertí la última vez que no la tocaras Igor. —Cuando giró vio al que imaginó, era el padre de Luz. No parecía haber despertado hace poco. Traía una jabalina en la mano—. Dejala, dale. Hacenos el favor.

El grandote tardó unos segundos en asimilarlo, era una cucaracha desorientada en medio de la luz.

—V-Vos la-la dejás pasando frío. Está fría. —La agarró con ambas manos y se la mostró— Igor no dejaría que eso le pasara. Nunca.

—¡Igor!, llegás a dar otro paso, estúpido enfermo, y juro que te cazo. ¡Te metiste en la casa equivocada y ya sabías! —Advirtió el rubio mientras se preparaba para tirar.

Miles de pensamientos recorrieron su cabeza, dos ínfimos bomberos intentaban luchar contra el inmensurable incendio en su cabeza. La iniciativa, su botín, el manjar, todo aquello era leña que alimentaba el desastre natural de “Villa Ideas”. También estaba el caso del padre, que con suerte le llegaba hasta el pecho, podría acabarlo si se lo proponía. Cada segundo lo seguía llenando de adrenalina. Igor frunció el ceño antes de girarse y desencajar la puerta de un tirón. Se golpeó la cabeza al escapar y comenzó a correr, sintiendo la brisa de la noche al mismo tiempo que algo se clavó en su hombro derecho.

No se detuvo ni miró atrás hasta que llegó a un lugar seguro. Esa noche usó un galpón abandonado del que prácticamente se había adueñado después de que muriera el dueño. No tenía absolutamente nada, todo había sido robado en cuestión de meses. Igor decía que era suyo y el resto del barrio le daba la razón sabiendo que cada tanto el grandote recurría al lugar para dormir una siesta.

Llegó al trote con ella todavía sobre el hombro, encontró un espacio suavizado por el musgo y la apoyó con delicadeza. Viéndola tan quietecita le parecía un ángel jugando al congelados. Notó lo húmeda que estaba, al correr tanto acabó empapándola con su propio sudor. Sonrió al verle sus pequeñas mejillas pálidas, se preguntó qué estaría soñando como para expresar tanta paz en su rostro, junto a esos labios morados que acababan haciéndola perfecta.

Le empujó el rostro con los nudillos, intentando despertarla, quería explicarle la situación antes de que los encontraran. Pero no se movió. La empujó con más fuerza, empezando a molestarle, y otra vez, nada. Creyó que sería mejor pasar a la acción, pensando que ya se despertaría sola con eso. Le arrancó el pantalón pijama y desgarró su remera, clavando la vista en su pequeña barriguita. Luz no se movía en lo más mínimo.

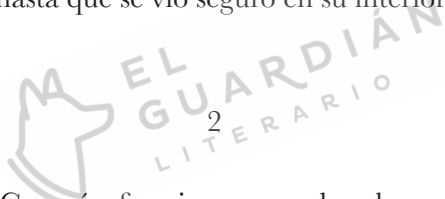
—Hey, nena ¿Respirás? —Dijo, arrimando una oreja a su diminuta nariz, tampoco sintió nada. Apoyó el dedo índice en medio de su pecho—, tampoco hay corazón ¿Estás muerta?

Se llevó una mano a la boca ahogando un sollozo de horror. Era la primera vez que intentaba algo nuevo, dando el siguiente paso y fue todo un fracaso. Repasó la noche entera en su mente, o lo que su limitada mente le permitía repasar. Resaltó el hecho de que, entre todo el alboroto, pudo haber presionado demasiado la cabecita de Luci contra su hombro, sin dejarle respirar. Empezó a llorar por la pérdida, o quizá porque era su primer fracaso en la vida. No le incomodaba la idea de que podía haber matado a la pobrecita, su llanto estaba teñido por su pena al tener que reprimir todavía más tiempo sus necesidades biológicas. Y ahora que sabía qué era lo que tenía la chiquita, no pensaba tocarla en lo más mínimo, sentía vergüenza y asco de sí mismo al siquiera insinuar en metérselo a un cadáver.

Salió a la calle lentamente para ver las estrellas, siempre lograban tranquilizarlo. Pero duró poco la calma. A

lo lejos sintió el aullido de las sirenas policiales, no se le ocurrió que ya estarían buscándolo. Decidió ser precavido, pensando que se apurarían el doble al querer encontrar a Luci. Maldijo al rubio una vez más, mientras cerraba el portón del galpón. El óxido que corroía todo el lugar le impidió cerrar la puerta por completo, así que la dejó entreabierta. Y ahí la abandonó, dejando a su tierno angelito, a la chispita que causó la catástrofe de “Villa Ideas”, dormir sobre el triste colchón de musgo.

Corrió por otras dos horas más, zigzagueando entre las cuadras de la ciudad hasta que llegó a otra guarida suya, una de la que pocos sabían. Y no pudo respirar tranquilo hasta que se vio seguro en su interior.



Flavio Guzmán fue siempre un hombre culto y de mente eternamente fría. Su único defecto era que, desde joven, pecaba de inhumano. Aprendió fácil y rápido de las malas enseñanzas que cualquier vida podía concebir, manejando su propio dinero sucio y asqueroso desde los cortos dieciséis años. A esa edad comenzó a chupar la teta de los más oscuros y turbios escalones de la ciudad. Tenía el carácter idóneo para crearse su propia reputación. Y no soltó las ubres del robo y la matanza anónima hasta que un día logró llamar la atención de varios grandes de la mafia local, y logró, de una buena vez, carnear la vaca que tanta leche le dio. A los grandes de la ciudad

les venía bien poseer un peón de ese calibre. La oferta no tardó en llegar a los oídos del joven y no le tembló el pulso al matar a una mujercuela con la que se estaba acostando para lograr ser parte de uno de los grupos más fieros de todo Neuquén.

Tras décadas de trabajos mugrientos y lamidas de culo empoderantes pudo lograrse una buena posición entre los suyos, pasando de ser aquel púber que chupaba de la teta que tenía, a ser uno de los capos más pesados de la familia. Entró en una etapa de su vida en la que podía tener todo lo que deseara cualquier persona normal, con la diferencia que a él solo le bastaba con mandar a alguno de sus perros a conseguirlo. Mientras que él seguía atrincherado en uno de los hoyos más conocidos e ignorados a conciencia de la mugre humana. Llegaron a llamarlo Flavio, el intocable. Por haber tenido más de trece causas justas contra la ley y haber salido limpio de todas ellas.

El ahora avejentado Flavio estaba de fiesta esa noche, fumaba y bebía con sus lazarillos en un rincón de la sala de juegos ilegales de la familia. Contaba decenas y decenas de personas entrando y saliendo del lugar, aunque él decía estar quedándose corto de vista, llegando a ver solo billetes caminantes en vez de personas.

—Solo digo que cualquier loco causa gracia hasta que la sangre empieza a correr por el río. —Insinuó una jovenzuela que dijo haber estado interesada en hacer negocios.

El reloj casi marcaba las cuatro de la mañana, el intocable borró la sonrisa de su rostro y clavó la mirada en su invitada de cabellos marrones y sudadera.

—¿Tengo que tomar eso como una amenaza, nena? —
Inquirió el intocable, bajando sutilmente su vaso lleno de ron—. Estás muy lejos de casa. Permíteme que te lo diga.

La invitada no dudó en ningún momento, sus ojos se veían vacíos de dudas y miedos. Aunque a Flavio le gustaba encontrar carne tierna cada tanto, tuvo que interrumpir tan entretenida reunión al sentir que vibraba su bolsillo. Alzó un dedo y ordenó:

—Déjenme atender esto. ¡Todos, fuera! —Todos en la mesa hicieron caso al patrón, aunque la chica de la sudadera no dejó de mirarle hasta el último segundo. Clavó su mirada en el celular y atendió casi al instante—: ¿Marco? Querido, ¿Qué precisas? ¿Cómo está Luz eh?

La voz del otro lado de la línea parecía tranquila, pero así hablaba Marco incluso cuando le invadía una gran cólera.

—¿Cómo? Dios la tenga en la gloria, cuanto lo siento, —dijo, persignándose—. ¿A quién? Marco, Igor es querido por toda la gente de la ciudad. Aunque... puede hacerse ¿Estás seguro que no querés volver a la familia y cobrarte por tu propia cuenta? ¿Seguro? Bueno, como vos quieras, te llamo en una hora.

Tiró el celular sobre la mesa, se masajéo las sienes tratando de no ponerse mal por la niña. Hacía semanas que nadie le encargaba algo, pero por más bueno que le pareciera volver a las calles se trataba de Igor, el idiota que era jodido por todos y que no jodía a nadie, al menos así fue hasta hoy. Se tragó lo que quedaba de ron, le

costó pasarlo. Empezaba a preguntarse si ya estaba viejo para tomar tanto.

—Lewis.

—Jefe. —Acudió al tercer llamado.

—Andá y prepara el auto, tenemos quehaceres.

—Antes de que pusiera manos a la obra prosiguió—, ¿Dónde está Omar?

Omar era un jovencuelo escuálido que empezó llevando mensajes y encomiendas para Flavio. Un suertudo que entró en la familia y siguió en ella casi sin quererlo, siguiendo órdenes simples. Le agradaba todo el ambiente y el estilo de vida de tener lo que se quiere, aunque no era muy amigo de las drogas ni tampoco era de matar gente. Pero, ya era un poco tarde para intentar echarse atrás.

Se tardaron casi cinco minutos en estar listos, el patrón y el otro. Omar, como siempre, llegó tarde.

—¿Por qué siempre se tarda tanto este? —Lanzó Flavio mientras se prendía un porro y miraba por el retrovisor, una curiosa figura encapuchada parecía observarlos a lo lejos. Lewis lo tomó como una pregunta capciosa y no contestó nada. El patrón lo miró y se le vino a la mente la frase de esa loca de antes—. ¿Quién me dijiste que era la flaca de antes?

—Perdón jefe —interrumpió Omar incluso antes de sentarse.

Flavio lo miró por el espejo retrovisor con aspecto cansado. No se molestó en decirle nada:

—Todos en este auto conocemos a Igor, ¿No?

—El idiota, sí—contestaron ambos casi al mismo tiempo, aunque lo que conocía Omar eran puros cuentos.

—Bueno, nos encargaron una visita y... bueno ya saben. Podría encargárselo a Lewis tranquilamente, pero quiero ver si tenés la suficiente cabeza como para seguir en esta familia, Omar.

Lewis miró de reojo a su jefe para luego verlo a Omar, tan sonriente viendo por la ventana en silencio. Sabía bien lo que seguía cuando su jefe decía esa frase. Sonrió malévolamente antes de consultar:

—¿A dónde jefe?

Igor era un idiota de costumbres y de innumerables escondites. Y Flavio estaba bien comunicado, conocía cada uno de esos escondites.

—Estuvo molestando por un barrio al norte, la policía pasó por un galpón que Igor frecuenta, lo más posible es que haya terminado yendo al motel abandonado de los Fischer. Al imbécil le gusta esconderse a plena vista.

Tras unos quince minutos de mucho humo y poca charla Lewis estacionó frente al edificio abandonado, el trío bajó al mismo tiempo, iluminados solo por las luces de la calle.

—Lewis, quedate cerca—ordenó—. Omar, vos conmigo.

El patrón y el escuálido secuaz pasean tranquilos por fuera de las habitaciones de la planta baja, el aroma a orina y humedad podía sentirse a cuerdas de distancia. No había pista de nada. Subieron al primer piso con miedo a que el suelo cediera en cualquier momento, y tras la tercera puerta apareció el grandote. Flavio se

adelantó, empujó la puerta de la habitación 12, asomó la cabeza y lo vio. Enorme y encorvado, jadeando en lo oscuro. Se estaba masturbando con lo que parecía una tela pequeña y rosa.

—La cucaracha podrá dejar la cocina, pero no los gustos —comentó Flavio adentrándose en la guarida del oso con Omar por detrás.

Esos ojos separados y pequeños, junto a esa frente que parecía eterna y esos brazos tan anchos, causaron que Omar temblara. Igor solo los miró, con el pene aún entre sus dedos.

—Igor no los conoce. Este es el lugar de Igor.

«¿Esa cosa habla?» cruzó por la mente de Omar, sin creer del todo que eso podría haber salido de una mujer en algún momento. Su estómago se retorció con tan solo imaginarlo. Ver a una bestia saliendo de la vagina de una mujer, hasta al imaginarse a la mujer que había dejado salir a aquel ser tuvo arcadas. Supo aguantarlas por un momento, pero cuando miró nuevamente el pene del grandulón volvieron las ansias de aromatizar la charla con sus jugos gástricos.

—Me ofendes Igor. —El grandote le sacaba dos cabezas al patrón—. ¿No te acuerdas de mí? Si somos buenos amigos.

El grandote intentó enderezarse, el techo estaba muy bajo para él. Con la cabeza de lado sonrió haciendo honor a su apodo de «el idiota de la ciudad», Flavio creyó que asentía con la cabeza. Mientras tanto, seguía con el pene al aire.

—Mirá Igor, llegó a mí una petición. Y llegó a mí porque me comentaron que te llevaste a una nena, haciéndole mucho daño —le hizo una seña al escuálido—, Omar.

Omar se tragó todo por tercera vez. Se paró junto a su patrón, desenfundando una pistola 9 mm. Su pulso era errático, e Igor no entendía muy bien qué era lo que intentaba explicarle el intocable, solo sabía que no le daba buena espina y empezaba a ponerse nervioso.

—La vida es así, Igor. Si haces cosas malas te pasan cosas malas.

—¡Igor no hizo nada! Luci ya estaba así. —Y estalló en lágrimas, frotándose los ojos con sus enormes y regordetes dedos—. No le hagan nada a Igor. P-Podemos arreglarlo.

Flavio alzó una mano y bajó el arma de Omar lentamente.

—¿Qué proponés?

—A Igor le pagan. Mucha gente.

Ambos se miraron, preguntándose si pensaban en lo mismo. El enorme dio media vuelta, se introdujo en el pequeño baño y sacó una bolsa de papas grande, estaba llena de billetes. Se la acercó a sus pequeños invitados.

—¿Qué es esto Igor?

—Padres de niñas, que no quieren que me acerque a sus nenes. Le pagan a Igor por no hacerlo, yo los acepto porque tienen lindos dibujitos —sonrió mostrando sus dientes chuecos y negros.

Flavio se agachó, revisando el costal que rebalsaba de todo tipo de billetes. Mínimamente solo ese saco

debería tener unos veinte mil pesos, empezaba a pensarlo dos veces.

—Igor, y esta gente ¿cada cuánto te mandan plata?

—Por meses.

—¿Una vez al mes?

Asintió, sonriendo.

—¿Querés morir Igor? No, ¿verdad?

Y su sonrisa desapareció.

—Nadie quiere eso. Pero decía la verdad cuando te dije que me encargaron matarte Igor.

—Pero Igor es amigo de F-Flavio.

—Exaaaacto. Por eso Igor tenés que hacerme un favor —buscó en los bolsillos internos de su abrigo, sacó una birrome, agarró un fajo de billete y se los dio al grandote—, anotá quienes te pagan. Y mañana te vas de Zapala. No, mejor que sea ahora.

—¿P-Por qué Igor se va?

—Porque no podés andar por ahí caminando cuando se supone que te maté. Vos no ves a los muertos caminar ¿O sí Igor? Entonces le decimos que te matamos y te vas feliz con tu nueva vida. Porque si alguien te ve van a decir que soy un mentiroso y me van a querer lastimar. Y si Flavio acaba lastimado va a ser por culpa de Igor y si Flavio acaba lastimado, va a lastimar a Igor.

Todo el sermón lo confundió un poco, aunque eso no evitó que empezara a anotar los nombres tan claro y rápido como pudo.

—¿De verdad piensa hacer esto jefe? —Susurró Omar.

—¿Tenés una mejor idea?

—Matarlo, qué más da. No sé si se da cuenta Flavio. El muy enfermo viola niñas.

—Uy, viola nenas. Cierto. Bueno, hacelo vos. Dale, matalo —dijo provocándolo.

Omar volvió a alzar el brazo, apuntando con más dudas que certezas. Hubiera sido un tiro fácil y directo, el grandote ni siquiera estaba viéndolo. Por desgracia, su corazón no tuvo la fuerza suficiente, ni siquiera para matar a lo que él consideraba un imbécil enfermo mental. Pero sí se acabó disparando un arma esa noche, la del patrón. Una bala le borró todos sus pensamientos y Omar cayó fulminado con un agujero en la sien, el estruendo de su cuerpo espantó a unos cuantos bichos que vivían entre los escombros.

—Los negocios de la familia son muy turbios para alguien tan tranquilo como vos Omar. Solo quien paga el perro debería dispararle cuando muerde a alguien —suspiró viendo al difunto y se persignó por él—. ¿Entonces Igor? ¿Ya está?

Igor hizo una seña afirmativa acercándose a ellos. Omar no le causó nada, en su cabeza el flaquito se había acostado a dormir la siesta.

—¡Lewis! —Llamó—, llevalo afuera y explicale a dónde puede ir. Tengo que hacer una llamada —cuando quedó solo marcó el número de memoria—. ¿Estabas despierto Marco? Querido, ya está hecho. Sí, simple, rápido. Está bien, espero que estés un poco mejor. Estaremos en contacto.

Colgó y casi al instante, escuchó el disparo que resonó antes de los desgarradores gritos de su socio. Tomó como

refuerzo la pistola de los todavía tibios dedos del difunto y salió corriendo. Se apoyó en la barandilla, solo estaban moviéndose las ratas y los bichos. Corrió bajando por la escalinata y vio a Lewis tirado en el otro extremo del complejo. El sufrido estaba boca arriba, con el estómago abierto, como si un oso hambriento se lo hubiera hecho a base de zarpazos. Le costó creer que aquello se había logrado a mano limpia y, para peor, Lewis seguía con vida. Sus ojos buscaban algún culpable, una voz, algo con lo que formular alguna idea mientras su abdomen se movía violentamente, escupió sangre, incapaz de formular alguna palabra.

—Por dios —musitó Flavio persignándose otra vez.

Igor, desde la oscuridad de la habitación de al lado, emergió lentamente preparando el puño. Cuando por fin lo tuvo a tiro lanzó a Flavio con un gancho, atravesando el marco de la puerta de una de las habitaciones, llevándose un poco de concreto en el camino.

El exintocable recobró la conciencia al minuto. Se encontró desplomado sobre el helado suelo, todo el mundo se sentía inquieto, girando sin cesar. Sintió los pasos del gigante y prefirió volver a cerrar los ojos, haciéndose el muerto.

—Igor no hace estas cosas —el pobre idiota volvía a llorar mientras sus pies se acercaban y se alejaban incontables veces del supuesto tercer muerto de la noche—. P-*Pero todos son malos con Igor. Igor quiere jugar nada más, porque no tuvo infancia. Y todos piensan por Igor, eligen por Igor y-y a Igor no le gusta eso. ¡No! Igor es bueno. Sii, Igor es bueno.*

Flavio, entre el monólogo de gigantón tanteó sus cercanías sutilmente y descubrió un trozo de madera. Poco a poco fue estirándose, y cuando pudo acariciar la húmeda y blanda madera con la yema de los dedos Igor le pisó el brazo.

—¡Ay, deforme de mierda! —Gritó.

—Puede que quieran que Igor sea malo. —Ahora sonreía con el ceño fruncido.

Pisoteó el brazo del tipo como si fuera una horrible cucaracha cazada que le dio un enorme susto en medio de la madrugada, sus gritos empezaban a gustarle un poco. Alzó el pie y se sintió juguetón, como no se sentía hace mucho tiempo. Levantó al exintocable con una sola mano, agarrándolo por la mandíbula. Le obligó a abrirla bien grande y con la mano libre hizo fuerza para introducirla. El orificio se abría centímetro a centímetro, como un cono. Llegó a forzarse tanto que acabó rompiéndole unos cuantos huesos. Cuando le llegó otra idea se la sacó y usando sus dedos como pinzas le agarró la lengua y comenzó a tironear con incansables ganas. De su garganta solo salían ruidos molestos, onomatopeyas y maldiciones incomprensibles eran lo único que su juguetito sabía sacar a flote. Todo parecía apuntar a que se desgarraría las cuerdas vocales antes de que desapareciera de este mundo.

Igor seguía disfrutando de esos desencajados ojos mientras seguía tirando y tirando del pedacito de carne y se llevó una sorpresa cuando acabó separándose de su juguetito. Acomodó el accesorio de carne sobre la palma de su mano y la analizó como si estuviera disecando

la cucaracha que había pisado hacía tan poco. Con su curiosidad satisfecha la olió, la lamió y acabó optando por tragársela.

—A Igor le resulta curioso —pensó en voz alta. Olvidándose del muñeco de trapo que todavía colgaba de su mano, retorciéndose como pájaro empalado.

Con ánimos de seguir experimentando empezó a golpear cada diente con la punta de su dedo índice. Poco a poco empezaron a salir disparadas las diminutas perlas del mafioso, recorriendo, sin que él lo quisiera, su pobre garganta. Aun todavía no se sentía satisfecho pero su brazo empezaba a cansarse y lo dejó caer. El grandioso mafioso Flavio Guzmán nunca se imaginó que acabaría casi atragantándose con sus propios dientes en el mugriento, meado y espantoso suelo de una de las peores habitaciones de la ciudad.

Flavio intentó moverse, objetó y ordenó a su cuerpo que se moviera, pero este solo le respondió retorciéndose. Igor volvió a levantarlo por una de sus muñecas y se vio interesado en sus uñas. Comenzó a arrancárselas por la fuerza, una a una. Sus diminutos estruendos orquestaban una banda sonora solamente para ellos dos. Cuando acabó también con ello Flavio se encontraba en silencio. Si no se había muerto solo le quedaba un poco, con su otra mano lo giró y apoyó una oreja en su pecho.

—Todavía hay corazón —dijo.

Cerró su puño, lo apoyó sobre el pecho del casi difunto, retrocedió lo necesario y lo aporreoó como a una bolsa de boxeo colgante, hundiendo su puñetazo al menos cinco

centímetros sobre su esternón, además de por fin haberlo matado. Con él acababa una tarea pendiente. Aun así, no tendría descanso, todavía le quedaba un tema más para poder dar por finalizada la noche de una buena vez.

3

Marco siempre fue un muchacho energético y prepotente, agotaba su energía pasándose la mayoría del día practicando con la jabalina, el único gusto que mantuvo después de acabar el colegio. A sus dieciocho años no se detuvo hasta conseguir tres medallas de oro y dos de plata en lanzamiento de jabalina. Y habrían sido muchas más, pero en una trágica mañana de agosto quedó descalificado y perdió su única oportunidad para los juegos olímpicos al descubrirse su abuso de drogas en cada una de sus competencias. Aquel episodio oscuro y desagradable no fue más que el inicio de su camino lleno de tragedias.

Entre tantos lugares a los que podía llegar un arruinado atleta con ansias de plata fácil, una tarde de enero, acabó robando una agencia de quinielas armado solamente con un cuchillo tramontina. Tuvo tanta suerte que, en la huida chocó con Flavio en medio de la calle —casi apuñalándolo en el impacto— quien curiosamente iba a cobrar un favor a la misma agencia. El hombre supo ver una joya en bruto y lo adoptó como su discípulo más cercano, desarrollando una relación similar a la de cualquier padre con su hijo —

para Flavio era más como la de un dueño con su perro—. En realidad, el intocable supo ponérselo lo suficientemente difícil como para que siquiera pensara en negarse, tomando al arruinado atleta que observaba curioso al abismo y tirándolo al oscuro final de una buena vez.

Tras años de trabajos sucios, de robos y matanzas bajo las órdenes del patrón, el atleta tuvo una segunda caricia de la suerte al encontrar a una mujer que lo aceptaba con su oscuro pasado, su turbio presente y con todo aquello que le proponía el futuro. Y creyó que esa suerte se había acabado aquella noche en la que su novia le enseñó el test de embarazo positivo, acortando todas sus opciones. Él no deseaba ser padre así y le costó horrores convencer a papá —o dueño— Flavio de que aceptara soltarle las riendas.

Los primeros meses sin su familia fueron los más difíciles. Trabajar dentro de parámetros normales era todo un reto para él. Lo cierto es que no duraba más de dos meses en un solo trabajo, y para complicar más su existencia, Flavio lo llamaba casi semanalmente para pincharlo con la jugosa idea de volver al juego fácil.

Los años siguieron avanzando y su dulce Luz había cumplido cuatro años hacía poco. Marco se tironeaba de los pelos en la cocina al ver como el montón de boletas repletas de deudas seguía creciendo y creciendo ¿De dónde se suponía que iba a sacar plata? Lo despidieron otra vez hacía solo dos días y todavía no se lo había dicho a su hijita.

Por el bien de su sanidad decidió dejar de tenerse lástima por el momento, se refregó los ojos y dejó las cartas

arriba de la heladera, ningún niño debería de tener eso a mano. Miró el reloj, eran casi las nueve. Caminó hasta la pieza de su hija, empujó la puerta y la vio tan feliz pintando garabatos de colores en sus hojas.

—Luz, amor ¿Tenés hambre? Papi va a cocinar algo.

La pequeña solo lo miró tan radiante como siempre, asintiendo.

Primero debía lavarse la cara. De camino al baño se detuvo a mirar las fotos que estaban sobre una mesita del pasillo. Una de su casamiento, otra de la luna de miel con su esposa, y otra de los tres en el hospital. Sonrió con el recuerdo de la sonrisa de su difunta esposa. Y olvidando que lo había puesto ahí levantó uno de los marcos que pisaba un papel doblado en múltiples pliegues, lo desdobló y leyó «seguro de vida» se rio apenado por haberlo puesto justo debajo de la foto de su casamiento, recordando ese pecado imperdonable.

Guardó aquel papel en un bolsillo y fue al baño. Se lavó la cara y del alto estante para las pastillas tomó el frasco de ibuprofeno, se tragó dos pastillas sin agua y las dejó donde estaban, redescubriendo que estaban junto a su frasco favorito, uno pequeño tapado con una punta de gotero, tenía pegado una etiqueta que decía «Taipán» sobre una curiosa «S» ¿Sería capaz de hacerlo dos veces? No lo dudó más y por si acaso, se la llevó consigo. Mientras caminaba a la cocina recordó esas películas en las que enseñaban cómo los condenados a muerte tenían el derecho de decidir su última cena. Aunque él no necesitaba preguntarle a su nena para saber qué plato era el que tanto amaba.

Se tardó un poco, mientras pelaba las papas y salteaba las cebollas no podía apartar la vista del pequeño frasco que tenía sobre la mesada. Lo había mirado tanto, acariciando tanto la idea, que cuando terminó de cocinar no se lo volvió a cuestionar. Sirvió los platos, puso los cubiertos, le sirvió jugo y llamó a su hija.

—¡Si! Cebollipapas —gritó la niña emocionada con solo sentir el aroma.

—Comé despacio Luz. O te puede caer mal, amor.

La chiquita solo asintió con la boca llena, pegando bocados y bebiendo de tanto en tanto mientras que su padre solo podía mirarla con ojos ausentes. Ella vació el plato bastante rápido cuando él apenas había comido dos o tres bocados.

—¿Vas a seguir jugando? —Le preguntó cuándo ella se paró de su silla.

La nena no le contestó, la vio un poco pálida y borró su falsa sonrisa.

—Papi. No me siento bien —se quejó agarrándose la pancita.

—¿Por qué no vas a la cama? Papi acaba con algo que tiene que hacer y te lleva un remedio —dijo con tanto cariño como pudo, se le acercó y le dio un beso en la frente—. Papá te ama.

Ella caminó despacito y en silencio, mientras él se mantuvo estoico como tantas otras veces en su pasado. Aunque esta vez él también moría por dentro. Dejó el tenedor sobre el plato y caminó con calma para ver a su hija. Empujó la puerta de su habitación con suavidad

y la encontró boca abajo. La levantó con cuidado, le limpió la baba que aún desprendía su pequeña boquita y la acostó. Posó sus labios sobre su frente para corroborar su temperatura, todavía faltaba un poco. Le sacó las zapatillas, la cambió lentamente y la arropó. Salió de la habitación pensando en los futuros trámites que debería hacer, empezaba a odiarse por no derramar ni una lágrima otra vez y por seguir en la *familia* incluso después de haberla dejado. Apagó todas las luces y se fue a la cama, aunque sabía que no sería capaz de pegar un ojo.

Se pasó horas dando vueltas y vueltas entre las sábanas y cuando por fin posó un pie en el sagrado reino de los sueños escuchó pisadas. Esperó contando los minutos antes de mover un pelo y cuando lo vio adecuado se levantó de su cama, abrió el armario y sacó la jabalina que había usado desde toda una vida, no pensaba dejar que el recuerdo de su hija se corrompiera así.

Habían pasado veinte minutos de las cinco cuando Igor llegó a ver la casa desde lejos. Casa que ahora estaba vigilada con un patrullero estacionado frente a ella. Sin problemas se acercó sigilosamente por un lado de la patrulla. Calculó unos segundos y atravesó el cristal hundiéndole los nudillos en la sien a un inocente hombre que nada tenía que ver en toda aquella batalla de cucarachas en las cocinas de Zapala. Ya no le importaba nada en lo más mínimo. Cualquiera persona era igual de culpable.

Arrancó la puerta principal de una patada, astillas y pedazos de madera se esparcieron por la cocina. Solo

quería hacer una última cosa. Atravesó el lugar, entró en la habitación del rubio y lo vio, sentado sobre la cama. Parecía estar esperándolo hace tiempo.

—¿V-Vos dañaste a Luci? —Dijo apoyando una rodilla en el suelo para verlo directamente a los ojos. A esos ojos que se habían vaciado de vida anticipadamente.

—Sí. Perdoname Igor. No falta mucho para que se den cuenta y me encarcelen.

—Lo sabía. Igor sería incapaz ¡Incapaz! —Revoloteaba sus brazos por la habitación, argumentando solo.

Marco solo lo miró por unos segundos con los hombros caídos, había tenido tiempo para resignarse e intentar perdonarse. Lo cierto es que la vida seguiría, él acabaría por dejarlo todo atrás otra vez y no importaría. Pero esa noche lo que importaba no era él. Igor volvía a inspirarse, mirando a los pies del rubio, descubriendo en la oscuridad el palo que le había clavado en el hombro hace unas horas. Levantó la jabalina y le lamió la sangre seca.

—¿Qué pensás hacer con eso? —Preguntó Marco poniéndose nervioso, haciendo un mínimo esfuerzo por alejarse.

—Igor tiene planes para vos —sonreía ampliamente, enseñando sus maliciosos y chuecos dientes casi podridos.

